

MARIANO GRONDONA, MORALISMO PÚBLICO E OS ALTOS E BAIXOS DO BEM COLETIVO

MARIANO GRONDONA, MORALISMO PÚBLICO Y LOS VAIVENES DEL BIEN COLECTIVO

Luis RONIGER*

<https://orcid.org/0000-0002-0246-5384>

Resumo: O artigo examina a trajetória intelectual de Mariano Grondona, um dos colunistas políticos mais proeminentes da Argentina na segunda metade do século XX. Seu papel poderia ser definido como o de um "moralista público" que durante décadas orientou as opiniões dos círculos do poder e de amplos setores da cidadania, especialmente das classes média e média-alta. A análise destaca sua posição em relação a governos de fato e democracia, direitos humanos e liberalismo. Afirmado sua preocupação filosófico-política com o bem comum, Grondona procurou influenciar a opinião pública e, por meio dela, a ordem política da sociedade argentina, que nas décadas de 1960 e 1970 percebia estar à beira do caos. Transformando-se no que mais tarde definiu como um 'liberal resignado', apoiou golpes de estado e governos de fato que prometiam ordem e coexistência pacífica à custa de cerceamento dos direitos humanos. Após o fim do governo das Forças Armadas, ele reconsiderou seu apoio e publicou ensaios que identificaram um liberalismo plural, ético e solidário como base para uma democracia desenvolvida. Grondona procurou explicar seu apoio aos governos de fato e posteriormente conseguiu reconstruir sua imagem, mantendo-se como um dos mais reconhecidos formadores de opinião pública da Argentina.

Palavras-chave: Mariano Grondona, formador de opinião pública; ditadura; violação dos direitos humanos; democracia liberal.

Resumen: El artículo examina la trayectoria intelectual de Mariano Grondona, uno de los columnistas políticos más destacados de la Argentina en la segunda parte del siglo XX. Su rol podría definirse como el de un 'moralista público' que por décadas orientó las opiniones de círculos de poder y amplios sectores de la ciudadanía, especialmente de las clases medias y medias altas. El análisis destaca su posicionamiento respecto de los gobiernos de facto y la democracia, los derechos humanos y el liberalismo. Afirmado su preocupación filosófico-política por el bien común, Grondona buscó influir en la opinión pública y a través de ella, en el ordenamiento político de la sociedad argentina, que en los años 1960s y 1970s percibía estar al borde del caos. Transformándose en lo que posteriormente definió como un 'liberal resignado', apoyó golpes de estado y gobiernos de facto que prometieron orden y convivencia pacífica a costa de cercenar los derechos humanos. Tras el derrumbe del gobierno de las fuerzas armadas, reconsideró su apoyo y elaboró ensayos que identificaron a un liberalismo plural, ético y solidario como base hacia una democracia desarrollada. Grondona buscó explicar su apoyo a los gobiernos de facto y logró posteriormente rehacer su imagen, persistiendo como uno de los más reconocidos formadores de opinión pública en la Argentina.

Palabras clave: Mariano Grondona, modelador de opinión pública; dictadura; violaciones de derechos humanos; democracia liberal.

* Professor Emeritus of Latin American Studies, Political Science, and International Relations at Wake Forest University and Emeritus of Sociology and Latin American Studies at the Hebrew University of Jerusalem. E-mail: ronigerl@wfu.edu.

En su ensayo *La formación de los intelectuales*, Antonio Gramsci llamaba la atención sobre el rol fundamental de ‘intelectuales orgánicos’ en la legitimación de proyectos de poder y el logro de hegemonía para diseños estatales y políticas de estado. Tal rol de los intelectuales, a menudo de apoyo y por ratos de crítica constructiva a los detentores del poder, se percibe claramente en América Latina. Ello tanto en tiempos rutinarios, así como en procesos acelerados de cambio – como la revolución mexicana o la cubana, y aun tras golpes de estado y gobiernos represivos – cuando los gobernantes solicitan e intentan obtener la colaboración de intelectuales, a fin de consolidar las nuevas estructuras y modelar la construcción de un consenso público amplio (ALTAMIRANO, 2010; SCHENQUER, 2020). A menudo, la resonancia y logros de un viraje político estriba en los proyectos culturales e institucionales brotados del cambio y negociados con la dirigencia política. Los intelectuales también han asumido el rol de censuradores de políticas de estado. En su ensayo introductorio al segundo volumen de la *Historia de los intelectuales en América Latina*, Carlos Altamirano menciona la disyuntiva de los intelectuales bajo gobiernos autoritarios y dictaduras, cuando aquéllos pueden devenir propagandistas del régimen o bien desafiarlo, corriendo el riesgo de ser perseguidos o salir al destierro para escapar la prisión o aun la desaparición forzada, que muchos periodistas e intelectuales sufrieron durante la dictadura argentina de 1976-83 (ALTAMIRANO, 2010, p. 11-28).

Altamirano menciona una interesante nomenclatura de Stefan Collini (1991) para quienes se posicionan a mitad de camino, aquella de ‘moralistas públicos’, que merece especial consideración. En el caso de gobiernos autoritarios, se trataría de aquellos que, sin confrontar abiertamente al poder, modelan la opinión pública. Este artículo examina el caso de Mariano Grondona, un notorio ‘moralista público’, analizando su trayectoria intelectual y posicionamiento político.

Tras la caída de la última dictadura en 1983, Grondona fue acusado por haber apoyado al gobierno de las fuerzas armadas, actitud que ha sido registrada por distintos analistas (BLAUSTEIN Y ZUBIETA, 1998; SIVAK, 2005; BERGONZI, 2006; MICIELI et al., 2015; VICENTE, 2015). En contraste, Grondona se ha considerado a sí mismo como un intelectual y formador de opinión que defendía los valores fundamentales de la Argentina como una sociedad con pensamiento crítico (GRONDONA, 1978, 1986, 1990). Es más, habiendo

partido de posturas conservadoras en lo político y promovido el liberalismo económico, durante la restauración de la democracia, Grondona logró superar el lastre de su apoyo a la política represiva. Se posicionó entonces como un formador de opinión defensor de la democracia y el liberalismo, cercano a la mayoría de las distintas elites emergentes. Consiguió recrear su imagen adaptándola a las circunstancias, dando cátedra por televisión y en distintos espacios mediáticos. Fue así como por décadas muchos siguieron considerándolo uno de los intelectuales más lúcidos de la Argentina.

El análisis destaca el posicionamiento de Mariano Grondona respecto de la democracia y los gobiernos de facto, el liberalismo y los derechos humanos. Mi intención es dar sentido al patrón de pensamiento de Grondona en torno al bien colectivo, que lo llevó una y otra vez a buscar influir en el ordenamiento político de la sociedad argentina, que en los años 1960s y 1970s percibía estar al borde del caos. Apoyó entonces golpes de estado y luego retiró su apoyo a los gobiernos de facto en nombre de un liberalismo ético, responsable. La fórmula que desarrolló Grondona una vez que la democracia fue restaurada en la década de 1980 fue el de un ‘liberalismo solidario’, fórmula que destacaba la amalgama entre las ideas conservadoras con las cuales se formó y un liberalismo que, a diferencia del estadounidense – cuya importancia llegó a valorar luego de reconocer el descrédito de las juntas militares de 1976-83 y su terrorismo de estado – destaca un compromiso con el bien común, al menos en la versión que el destacado columnista político optó por trazar.

Hitos vitales y trayectoria

Nacido en 1932, Mariano Grondona se recibió de abogado con estudios de sociología en la Universidad de Madrid y de Ciencia Política en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid. Fue profesor adjunto de Derecho Político en la UBA hasta 1987 y titular de Teoría del Estado entre 1987 y 1999, así como profesor visitante e investigador asociado en la Universidad de Harvard en 1985 y 1988-91. Autodefinido como abogado, sociólogo, cientista político, ensayista y periodista político, por décadas su centro de actividad fueron los medios. En *El doctor* (2005), una detallada e incisiva historia de vida, el periodista Martín Sivak ha resumido la trayectoria de Mariano Grondona de manera palmaria:

[Ha sido] uno de los intelectuales más influyentes de la derecha argentina en el último medio siglo, quizás el que más perduró. Grondona ha contribuido a moldear

el destino de cientos de miles de argentinos desde sus más de seis mil columnas publicadas; desde sus revistas, sus programas de radio, sus libros, sus comunicados, sus clases en universidades públicas y privadas, sus cargos en el Estado, sus asesorías a las fuerzas armadas, sus programas de televisión. Intentó orientar y expresar a un sector de la clase dirigente: muchas veces lo consiguió y, cuando no, tampoco se privó de manifestar sus perplejidades y oscilaciones. (...) Siempre quiso enfatizar que pertenecía al poder permanente de la Argentina y que adhería a dos de sus cimientos: la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas. Probó distintos roles para hacerlo: dirigente estudiantil, militante de la Acción Católica, seminarista, abogado, aspirante a periodista, columnista, golpista, político, funcionario del Ministerio del Interior, propagandista, profesor de la Escuela Superior de Guerra, asesor militar, planificador de la política exterior argentina, hombre de la televisión, coequiper de Bernardo Neustadt, asesor de la Fuerza Aérea durante la última dictadura, defensor apasionado del dúo Videla-Martínez de Hoz, analista favorito de la Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires, empleado jerárquico de la familia Somoza, frustrado miembro del directorio de un banco, profesor visitante en Harvard y, por fin, en la televisión argentina. Allí quiso dictar cátedra para siempre (SIVAK, 2005, p.13-14).

Columnista de temas políticos en el diario *La Nación* y en revistas de actualidad, por más de dos décadas condujo el programa televisivo *Hora Clave* donde recibía a diversos actores de la vida social con el objetivo de reflexionar sobre temas de la actualidad política del país. Autor de más de una decena de libros, entre ellos *Bajo el imperio de las ideas morales*, *Los pensadores de la libertad*, *La corrupción*, *La Argentina como vocación*, y *Las condiciones culturales del desarrollo económico*, Grondona fue formador de opinión de las elites cercanas al poder, así como de las clases medias y medias altas, y, ya a fines del milenio, aun llegando a influir en los sectores populares. Habiendo defendido en un principio al gobierno militar de facto del '76, después de la Guerra de Malvinas se constituyó en uno de los críticos del gobierno de facto y defensor del retorno a la democracia liberal. En su defensa, Grondona sostuvo que sus ideas evolucionaron al paso de los cambios de su país, pero debemos preguntarnos qué ideas motrices modelaron tales transformaciones al apuntalar regímenes dictatoriales o luego defender la democracia, más allá de su interés personal de seguir siendo relevante y sobresalir como formador de la opinión pública argentina.

¿Un liberal inconsecuente?

Dirigiendo *Hora clave*, un programa periodístico emitido por televisión desde 1989, Grondona conversaba con figuras de la vida social para reflexionar sobre temas de la actualidad política del país. Para el Día del Periodista, el 7 de junio de 1990, invitó a su colega Jorge Lanata del periódico *Página/12* y le pidió que formulara críticas a su labor.

Lanata le objetó a Grondona no haber sido siempre un liberal consecuente, por ejemplo, al haber apoyado la dictadura de 1976-83.¹ En las conclusiones del cierre, Grondona expresó su visión del rol del periodista frente al del gobernante que, si es recto y bien orientado, debe privilegiar el bien común.

La crítica de Lanata iba a la médula del asunto, ya que a partir de la década de 1980 Mariano Grondona se había autodefinido como un liberal, después de años de haberse considerado un conservador inspirado por Aristóteles y Santo Tomás de Aquino y haberse declarado fascinado por el pensamiento de Maquiavelo.

Su liberalismo buscó ser un liberalismo “a la ibérica”, en sus propias palabras: un liberalismo solidario. En el prólogo al libro *Los pensadores de la libertad*, indicaba que su posición cuajó en la década de 1980, Según su testimonio, fue a principios de los ‘1980s que el pensamiento liberal empezó a atraerle poderosamente. Al diseñar un curso universitario sobre liberalismo, intentaba encontrar respuesta a cierta paradoja aparentemente insoluble:

[Que] en tanto los regímenes democráticos de ese momento, liberales en lo político por definición, se inclinaban sin embargo las más veces por el socialismo económico, eran los regímenes militares, al menos en América Latina, los que albergaban o decían albergar políticas económicamente liberales pese a ser, en lo político, antiliberales por definición. ¿Cómo había sido posible este desmembramiento de la idea de la libertad? Todos la invocaban en algún sector de su sistema, ¿pero había alguien que en verdad la amara como al sol de su escala de valores? (GRONDONA, 1986, p. 7-8).

Inspirado por los argumentos de Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*, donde advertía que las parejas de conceptos opuestos individualismo-colectivismo y egoísmo-altruismo son recíprocamente independientes, Grondona llegó entonces a percibir que “hay individualistas egoístas e individualistas altruistas, así como hay colectivistas altruistas y egoístas” (ibid.) Desde esa perspectiva analítica y estando de profesor visitante en Harvard, estudió una serie de pensadores liberales de lo que hoy se conoce como el Norte Global y comprendió que el liberalismo latinoamericano es diferente, ya que suma una actitud solidaria al individualismo. Según Grondona, las raíces de tal agregado radican en la cultura de nuestra región que, sin desconocer el individualismo, concede igual importancia a

¹ Grondona, por su parte, catalogó a Lanata de izquierdista, apelativo que el otro periodista negó, prefiriendo definirse de "liberal de izquierda" y criticando al capitalismo salvaje y al subsidio estatal a los periódicos *Clarín* y *La Nación* a través de la empresa Papel Prensa, subsidio que *Página/12* no recibía.

la promoción del bien común que todo gobernante – “si es recto y bien orientado” – debería privilegiar.²

Grondona ante el percibido desorden social y caos político

Lanata hacía referencia al rol que Mariano Grondona jugó en la primera mitad de la década de 1970, cuando el conflicto político prevalecía en la sociedad argentina y en el seno del peronismo y cuando, a partir de marzo de 1976, en sus columnas Grondona saludaba al golpe militar, confiando en que el General Videla construiría o restituiría la institucionalidad y el orden colectivo.

Sin embargo, no era esa la primera vez que Grondona había optado por un gobierno de facto esperando que reconstituyera la paz social y acabara con el polarizado juego político de un sistema democrático endeble. Durante el gobierno del presidente Arturo Umberto Illia (1963-66), las columnas políticas de Grondona en *Primera Plana* contribuyeron a crear el clima psicológico propicio para el golpe de estado que lo derrocó y un clima inicial de apoyo a la gestión del gobierno de facto del General Juan Carlos Onganía (PIÑEIRO, 1999; BERLOCHI, 2013). Al incorporarse como columnista político a *Primera Plana* en junio de 1964, Grondona ya tenía experiencia periodística en *La Nación* y *El Mundo*, así como incipientemente en política, habiendo militado la Acción Católica y colaborado en un comando antiperonista en 1955. En 1962 Grondona había enseñado Derecho y Política en la Escuela Superior de Guerra y en septiembre de aquel año, había co-redactado el comunicado 150 del levantamiento de la facción de los ‘azules’ de las fuerzas armadas contra la facción más conservadora de los ‘colorados’.

Su entrada a *Primera Plana* fue anunciada por el director Jacobo Timerman con altos elogios, al presentarlo como poseedor de una “honesto y penetrante visión de la realidad que a todos nos afecta (...) con seriedad y rigor casi científico (el doctor Grondona es experto en Ciencias Políticas), además de una agudísima capacidad de observación periodística” (BERLOCHI, 2013, p. 55).

² Su lectura del individualismo en el *Norte Global* es sesgada, ignorando vetas cercanas a su definición de ‘liberalismo solidario’, como las de Amitai Etzioni, Charles Taylor, o la tercera posición en el laborismo inglés bajo Tony Blair. Véase por ejemplo Etzioni (2014).

Como bien lo han analizado Mazzei (1997), Piñeiro (1999), Fangmann (2009), Taroncher (2012) y Muttarelli (2015), entre otros, *Primera Plana* intentaba adoptar el modelo periodístico de respetadas revistas extranjeras como *Time*, *Newsweek*, *Der Spiegel* o *L'Express*, presentando tendencias de avanzada y encausando gustos, despertando sensibilidades y formando opinión pública. Para el contexto argentino, la revista buscaba en esos años apoyar el proyecto político liderado por los militares 'azules' de abrir el juego político a la fuerza mayoritaria del peronismo que desde 1955 había sufrido ostracismo, pero sin permitir que Juan Domingo Perón siguiera dominándola desde el exilio. Además, la revista criticaba duramente la política económica del gobierno y su negativa a sumar tropas a la invasión norteamericana de la República Dominicana en 1965, renunciando así la Argentina a jugar un rol líder a nivel regional, que pronto asumió Brasil. *Primera Plana* intentaba entonces romper con lo que percibía como el inmovilismo del gobierno de Illia e impulsar un cambio de estructuras, creando un clima de apoyo al golpismo. Su director, Jacobo Timerman lo reconoció claramente en una entrevista a la revista *La Maga*, el 10 de junio de 1992:

Decir que yo apoyé un golpe, es cierto. Con todo, he cometido ese error. Pero en un contexto. Uno de los golpes era para derrocar a Illia, pero tampoco era solo para derrocar a Illia. Era también para que los azules, la generación joven del ejército, trajeran un proyecto de modernización del país que parecía probable, mientras que Illia tenía al país inmovilizado y paralizado (...). [N]o tenía nada contra él, nada a favor ni en contra. Yo apoyé que los azules, que habían dado una batalla contra la derecha del Ejército, para que esos jóvenes coroneles, brillantes, inteligentes, cultos, que tenían un proyecto moderno, pudieran sacar a este país del pantano en que lo tenía Illia (FERRER, 2000, p. 418).

Grondona sumaba entonces articuladas columnas que ayudaban a desacreditar al gobierno y al presidente en términos de inoperancia, lentitud, incoherencia y falta de visión, mientras elogiaba al General Juan Carlos Onganía, en términos de austeridad, honradez, catolicidad, moralidad y capacidad de mando. Más allá de una crítica constructiva, Grondona atribuía a los partidos políticos un partidismo que atentaba contra la sociedad en su conjunto. El periodista 'sentenciaba doctrina' con argumentos de moralidad pública mientras anunciaba soluciones para futuros desenlaces:

Cuando un país no tiene misión, cada sector se constituye, al decir de Ortega, en un "todo parte" y traza sus propios esquemas de progreso y de conservación (...) En consecuencia, hasta que este proceso previo no esté resuelto, hasta que

ALGUIEN no se quede con el poder en forma sólida, con reservas tácticas y estratégicas no será posible emprender con éxito esa economía estructural (GRONDONA, *Primera Plana*, 4 de enero de 1966, p. 23).

Hay un creciente acuerdo nacional sobre qué es lo que hay que hacer (...) falta avanzar entonces con respecto al quién; o sea, quién será el encargado de hacer el qué. (...) Hoy las reservas del país son dos, una es el Ejército, y otra es Onganía. Una es institucional, otra personal... (...) el país espera un Moisés porque vislumbró la tierra prometida y se encuentra lejos de ella (GRONDONA, *Primera Plana*, 31 de mayo de 1966, p. 25).

Tras el golpe de junio de 1966, *Primera Plana* dedicó una edición especial a la así llamada Revolución Argentina. En su columna, Grondona saludaba el cambio de timón, y enfatizaba la importancia de que la nación pudiese recuperar su sentido de dirección bajo las nuevas autoridades que encaminarían las voluntades de intelectuales, empresarios, Iglesia y fuerzas armadas que aspiraban a ‘un país pujante, unido y moderno’:

Lo que importa señalar en esta hora (...) es que hay una mano, una plena autoridad. Sin ella, con el poder global quebrado y sin dueño, no había ninguna posibilidad de progreso; porque la comunidad sin mando es la algarabía de millones de voluntades divergentes. Con ella, en cambio, hay otra vez Nación (GRONDONA, Por la Nación, en *Primera Plana* edición especial, 30 de junio de 1966, p. 23).

La violenta intervención de las universidades el 29 de julio de 1966 y el diseño económico del gobierno de facto del General Onganía le causarían desconcierto. Grondona pasó entonces paulatinamente a tratar de convencer al gobierno que se legitimase y liberalizase sus políticas, mientras presentaba la prohibición de actividades políticas como una ‘tregua’ que facilitaría lograr el objetivo de la normalidad:

Hay dos tipos de gobierno civil: el gobierno civil constitucional, que es la expresión de la normalidad, y el gobierno civil revolucionario que, puesto en marcha por el poder de reserva, tiene como fin recrear las condiciones básicas de la normalidad. A este segundo tipo pertenece el régimen de Onganía (GRONDONA, *Primera Plana*, 6 de junio de 1967, p. 25).

Al mismo tiempo, Grondona criticaba la ineficacia de la administración pública y de las empresas del Estado, la inflación y la falta de inversión privada. En su visión, una economía abierta y competitiva se lograría con el retiro gradual del Estado de la actividad económica y su reemplazo por el capital privado. Según Grondona, ello exigiría

[u]n ajuste muy severo a la burocracia, a las empresas, a los gremios y a los consumidores. (...) Habrá que ganarse el pan mediante una producción eficiente,

cuantiosa y barata, para destinar parte de sus frutos a la inversión y sólo otra parte a un gradual aumento del nivel de vida. Habrá que vivir de realidades. Y, como nos hemos nutrido de sueños durante años, la perspectiva de esa transformación aumenta la resistencia al cambio (GRONDONA, *Primera Plana*, 15 de agosto de 1967, p. 25).

En su opinión, la Revolución Argentina debería

[i]r formando una nueva clase dirigente burocrática-industrial, capaz de asegurar la estabilidad y la eficacia del esfuerzo. Y oportunamente se habrá de sumar a las grandes mayorías populares al proceso, reinsertándolas en el esquema de poder. Los ciclos anteriores, que comenzaron por la democracia, desembocaron en la frustración. El ciclo actual tiene que comenzar por la inversión para culminar en la democracia (GRONDONA, *Primera Plana*, 2 de enero de 1968).

A partir de julio de 1968, con los problemas económicos, el evidente autoritarismo del gobierno, la desavenencia con las Fuerzas Armadas y las explosiones sociales como el Cordobazo en 1969, Grondona pasó a reconocer las limitaciones del gobierno de facto y destacar el anhelo democrático de la ciudadanía:

Los argentinos están –y estarán por algún tiempo- impresionados por sus años de luchas políticas, desorden e inestabilidad. Ese recuerdo les hace aceptar de buen grado una autocracia ordenadora. Pero, a medida que el tiempo pase, el recuerdo de la inestabilidad se irá diluyendo y la gente pedirá, al lado del orden, mayor diversidad, más movimiento. (...) Este es un gobierno autocrático que promete, como su fruto principal, la reconstrucción de la democracia. Mientras no quite del horizonte esta perspectiva, contará con el apoyo o, al menos, con la neutralidad de vastos sectores de la opinión que, reconociendo que la democracia ha sido en el pasado inauténtica e ineficiente, no han perdido la esperanza de instalarla un día en la realidad argentina y no toleran que se les ofrezca en su reemplazo otros sistemas de vida en común. (GRONDONA, *Primera Plana*, 17 de septiembre de 1968).

Una década más tarde, Grondona pudo trazar claramente el itinerario político que llevaría, luego de un corto interregno democrático en 1973-76, a una nueva dictadura militar (1976-83), aquella que instalaría el terrorismo de estado y crearía un triste legado de violaciones masivas de los derechos humanos en la Argentina (RONIGER y SZNAJDER, 1999, 2004; BAYER et al. 2010). En un artículo publicado en 1978 en la prestigiosa revista académica *International Security*, Grondona analizaba el desplome de la democracia liberal en Argentina:

Hasta el "Cordobazo" de 1969, Argentina era un país seguro sin actividad policial o judicial excepcional y con relativamente poca delincuencia. Si bien el país ha tenido una historia política conflictiva (con gobiernos militares en 1930-1931, 1943-1946, 1955-1958 y desde 1966 hasta 1973), en general existió el respeto por los derechos humanos y la dignidad de la persona. Hasta 1969 Argentina concilió

satisfactoriamente la seguridad interna y los derechos humanos. Desde el "Cordobazo" en adelante, Argentina se ha ido hundiendo rápidamente en la condición de un país inseguro debido a que las estructuras policiales y judiciales tradicionales fueron desbordadas por las organizaciones terroristas.

La primera reacción de la élite argentina ante estas nuevas condiciones de inseguridad reflejó una tendencia liberal. El general Lanusse, quien destituyó y luego sucedió en la presidencia al general Onganía, convocó elecciones con la esperanza de que la violencia disminuyera con el restablecimiento de la democracia representativa. (...) A pesar de estas medidas democráticas, sin embargo, la violencia siguió aumentando. Guerrilleros y la ultraderecha peronista encabezada por José López Rega respondieron con los mismos métodos. (...) En estas circunstancias, las Fuerzas Armadas decidieron volver a la lucha antiterrorista. Mientras tanto, Argentina había abandonado el sistema liberal de justicia para enfrentar directamente a las fuerzas insurreccionales. La guerra sucia dominaba la nación (GRONDONA, 1978, p. 11-12).

Situaciones de emergencia y derechos humanos

Las izquierdas y sus vanguardias guerrilleras predicaban la pasión colectiva, el énfasis en la praxis política, la devoción a los sujetos históricos, la lucha entre modelos sociales y políticos alternativos a escala mundial y regional y un compromiso solidario con las clases populares. Tales motivos, sustentados por las izquierdas intentando imponer un poder revolucionario, se habían reflejado en las derechas en una paralela pasión política, exhortando a defender valores que les eran sacrosantos como la patria, la nación, la familia, la religión y el estado.

La posición de principio que los extremos del espectro político tomaron obligaron a los intelectuales a posicionarse en un campo de confrontación ideológica, donde la neutralidad perdió credibilidad. La visión organicista de los militares que tomaron el poder en marzo de 1976 no era ajena a esas vertientes más amplias de convicción. Paradójicamente, los militares concordaban con miembros de las guerrillas acerca de la primacía de un pensamiento colectivo que favorecería el organicismo y la fe en estar destinados por vocación a salvar la nación.

Las imágenes eran propias de un discurso médico, profiláctico y quirúrgico. Ante la presencia de gérmenes amenazantes, sugerían neutralizarlos a cualquier precio. Ante la presencia de tejidos contaminados, efectuarían un tratamiento comprensivo, de fondo. Ante el peligro de difusión de gangrenas, predicaban intervenir quirúrgicamente, extirpando la causa del mal. Investigadores como Suárez-Orozco (1992), Feitlowitz (1998) y Feierstein (2000) entre otros, han destacado los altos precios sociales y culturales de tal uso del lenguaje como mecanismo articulador de la represión.

Dentro de la sociedad civil, sectores de la intelectualidad liberal y de centro, no se opusieron al proyecto de los generales, sino que, por el contrario, aplaudieron la iniciativa de estabilizar el sistema político, como en el caso del escritor Ernesto Sabato, quien alabó la “amplitud de criterio y la cultura del presidente” después de reunirse con el General Jorge Rafael Videla en mayo de 1976 (*Clarín*, 20 de mayo de 1976). Sus declaraciones fueron hechas mientras se procedía a la detención clandestina y el asesinato en Buenos Aires de los políticos uruguayos exilados Héctor Gutiérrez Ruiz y Zelmar Michelini y tras la desaparición forzada y asesinato de más de 50 periodistas, escritores, hombres de cine y teatro.

El atractivo de quienes prometían orden frente al caos y estabilidad frente al cambio imponderable era tal que intelectuales como José Luis Borges y Sabato aplaudían el golpe (CONSTENLA, 1997, p. 201-202). Según *La Prensa*, el autor de *El Aleph* se expresó entonces de manera entusiasta:

Le agradecí personalmente [a Videla] el golpe de Estado del 24 de marzo que salvó al país de la ignominia y le manifesté mi simpatía por haber enfrentado la responsabilidad del gobierno. Yo que nunca he sabido gobernar mi vida, menos podría gobernar el país (*La Prensa*, 20 de mayo de 1976).³

En la visión de Grondona, las elites anti-terroristas argentinas – en las que se incluía a sí mismo – optaron entonces por transformarse de ‘liberales intransigentes’ en ‘liberales resignados’ que apoyaron ‘la opción transitoria de la seguridad interna sobre el estatuto liberal del proceso legal’:

Como el país estaba en guerra, los procesos judiciales no eran aplicables al enemigo. Ninguna guerra los ha aplicado jamás, y esta guerra no fue la excepción. Esta doctrina de la guerra interna racionalizaba que, dado que el país se encontraba en estado de emergencia, los principios liberales debían suspenderse, aunque no abandonarse. Esta racionalización señaló el paralelo de que, en una economía de tiempos de guerra, la libertad económica se olvida. Condiciones excepcionales justifican estas medidas excepcionales (GRONDONA, 1978, p. 13).

Como una década antes, Grondona había salido a defender la lógica del golpe y el Proceso de Reorganización Nacional que proclamaron las fuerzas armadas. Bajo el heterónimo de Guicciardini, Grondona publicaba editoriales en *El Cronista Comercial* en

³ Años más tarde Borges se arrepentiría por haber expresado tal opinión, producto según él del engaño de algunos amigos.

defensa del golpe. La selección de aquel heterónimo no fue casual. Francesco Guicciardini (1483-1540) fue una figura del renacimiento italiano tardío, partidario de la razón de estado, a saber, el uso de la fuerza como instrumento que garantizara el orden social, la disciplina y la obediencia por parte de los individuos. En esa época, entre 1976 y 1980, Grondona mismo publicó numerosos y medulosos artículos sobre la dictadura en clave de ‘liberal resignado’, por ejemplo, en *Carta política* y en *El cronista comercial*.

La visión era una visión biopolítica que equiparaba la salud del orden social a un organismo viviente, lo que justificaba la extirpación de minorías violentas o inasimilables (MICIELI Y PELAZAS, 2014). Entre los inasimilables, en junio de 1977 Grondona acusó en *Carta política* a los judíos de ser cosmopolitas y renuentes a asimilarse en la nación argentina.

Probablemente bajo el impacto del caso Graiver,⁴ Grondona culpaba a ‘los judíos’ desde de ser desleales a la ‘argentinidad’. En forma críptica, aunque nada inocente, Grondona escribía entonces sin firmar su nota:

Y se le dice ‘judío’ a un movimiento confuso que algunos entrevén en el orden internacional. Un movimiento que controla las finanzas y la prensa internacional. Un movimiento difícil de asir. (...) Lo que más necesita ahora la Argentina era la afirmación de lo común, antes que la difusión de lo distinto (GRONDONA, *Carta política*, junio de 1977).

Tal postura biopolítica prejuiciosa fue censurada enfáticamente por intelectuales como Herman Schiller, Boleslao Lewin y Jaime Barylko, entre otros (KAHAN, 2011, p. 161). Lo que motivaba el pensamiento de Grondona, aun cuando estaba radicalmente equivocado como en el caso de ‘los judíos’, era cómo garantizar la integridad de la nación de una forma sistémica.

En la columna *Panorama político* en *El Cronista Comercial* del 2 de agosto de 1978, Grondona afirmaba que tanto los gobiernos *de jure* como los *de facto* que habían gobernado a la Argentina al menos desde 1930 no habían sido ‘sistemas de poder’. En contraposición, el gobierno militar iniciado en 1976 resaltaba al compararlo con ellos:

⁴ David ‘Dudi’ Graiver (1941-1976) fue un joven banquero de origen judío que aparentemente había blanqueado el dinero obtenido por la organización Montoneros al llevar a cabo secuestros de empresarios. Graiver se había asentado en Nueva York y moriría en un misterioso accidente aéreo.

Pero hoy tenemos un sistema. (...) El sistema, es cierto, es incipiente, Es, además, limitado, por cuanto solo incluye firmantes militares. Habrá que desarrollarlo. Habrá que convertirlo de militar en cívico-militar. (...) En la génesis del sistema tuvimos nuestra revolución. La palabra ‘revolución’ se usa para el cambio total de una situación política. (...) Nuestra [revolución] consiste nada menos que en la aparición de un orden en medio del desorden. (...) Allí donde reinaba el azar de las ideologías y las ambiciones, las circunstancias y las confrontaciones, se ha instalado un contrato de poder que todo lo preside. Tenemos sistema. (...) En 1976 se firmó un nuevo acuerdo entre los poseedores militares del poder. Sobre él se habrá de construir la nueva Constitución que albergará en su seno la filosofía indeclinable de la antigua. La nuestra es la revolución del orden. Solo los que han bebido hasta el fondo del cáliz del desorden sabrán apreciarla” (GRONDONA, *El Cronista Comercial*, 2 de agosto de 1978).

Hacia 1978, la asociación de Madres de detenidos-desaparecidos, los exiliados y las redes de solidaridad en el exterior cobraban ya resonancia internacional y demandaban en forma asertiva información sobre el paradero y la situación de quienes habían sido ‘tomados’ por los grupos represivos de tareas, exigiendo su aparición con vida.

Grondona conocía de primera instancia la metodología represiva de secuestro de las personas y confinamiento en centros clandestinos de detención. Él mismo había sido víctima de un secuestro unos meses después de comenzado el gobierno de facto del ‘76. Aun habiendo apoyado el Proceso, un grupo de tareas lo detuvo junto a su mujer Elena Lynch el 8 de agosto de 1976 y condujo vendado hacia el centro clandestino de detención Automotores Orletti donde permaneció por algunas horas y pudo ver a un joven encapuchado y torturado, “para que no quedaran dudas de cuál era la actividad que se realizaba allí dentro y cómo había que comportarse” (MICIELI et al., 2015, p. 4-6).⁵ A pesar de ello y mientras el impacto de las protestas en el exterior generaba preocupación en foros internacionales y en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), Grondona pretendía explicar académicamente lo ocurrido en términos de un contexto de emergencia.

Grondona reflexionaba entonces sobre los dilemas morales de sociedades carentes de plena seguridad interna. En su opinión, sociedades desarrolladas con poca criminalidad y con fuerzas policiales eficientes logran mantener el orden público y las libertades individuales. En contraste, cuando estas condiciones no están presentes, el ideal liberal del imperio de la

⁵ Se le exigió que, una vez liberado, organizara una conferencia de prensa donde anunciaría que el ejército no atacaba a Montoneros por concentrarse entonces en la represión del ERP, otro grupo guerrillero, y comunicara a la Iglesia que ésta debía deshacerse de los curas tercermundistas o bien los represores lo harían, tal como unos días antes habían matado a cinco monjes palotinos.

ley es inoperante y los valores morales no pueden aplicarse plenamente. Cuanto más insegura una sociedad, mayor será el choque entre la seguridad interna y los derechos humanos. Con la situación argentina en mente, Grondona afirmaba que

[e]l subdesarrollo económico y político, así como la inseguridad, producen hoy dilemas morales agudos. (...) En situaciones de emergencia nacional, la seguridad interna prevalece por sobre los derechos humanos, a no ser que el Estado opte por caducar en aras de principios [abstractos] (GRONDONA, 1978, p. 4).

Aun así, reconocía con una franqueza que no repetiría en sus columnas de opinión dentro de la Argentina, que

[e]ste deterioro moral afecta la mente de los protagonistas. Lo que comienza como un comportamiento de emergencia tolerado en aras del *primum vivere* puede terminar superando a algunos de estos estados hacia el fascismo: la idea de que la aplicación indiscriminada de la fuerza, en lugar de ser una excepción lamentable al ideal de los derechos humanos, es la única respuesta válida al desorden público. La necesidad, en estos casos, se convierte en una especie de herejía que niega el dilema de elegir entre la seguridad interior y los derechos humanos, seleccionando definitivamente la primera frente a los segundos. La deriva hacia el fascismo para justificar conductas represivas no es ni mucho menos el menor peligro al que deben enfrentarse los Estados inseguros en su empeño por dotar a sus sociedades de unas condiciones mínimas de seguridad interior (GRONDONA, 1978, p. 4-5).

Como formador de opinión pública en Argentina, Grondona sumaba su voz a la campaña oficial de rechazo de la interferencia externa aún en 1978-80, bajo el lema que los ‘argentinos somos derechos y humanos’. En una columna titulada ‘Derechos y Humanos’ del 12 de septiembre de 1979, explicaba que la campaña internacional por los derechos humanos estaba “viciada por gruesos errores doctrinarios”. Para Grondona, la campaña concentraba el fuego sobre ‘casos’ individuales de derechos humanos en lugar de priorizar ‘sistemas sin’ derechos humanos:

En vez de concentrarse en la denuncia de los gobiernos autoritarios, los militantes de los derechos humanos se concentran en los regímenes militares antitotalitarios. (...) El solo hecho de que la CIDH esté aquí [en Buenos Aires] y no en la Habana es ya toda una definición. Una definición negativa, por supuesto. (...) No se hacen distinciones necesarias como, por ejemplo, la diferencia entre la situación de los derechos humanos en condiciones normales desde el punto de vista de la seguridad y su situación cuando ocurre una emergencia que pone en peligro la existencia del Estado. (...) Y es inútil continuar con el diálogo si no se reconoce que el estado, en los casos en que el violador del derecho humano es un subversivo, tiene el deber de proteger a sus víctimas (GRONDONA, *El Cronista Comercial*, 12 de septiembre de 1979).

Además, incorporando una distinción que también había desarrollado asimismo el intelectual chileno Jaime Guzmán (RONIGER Y SZNAJDER, 2004, p. 121 y pp. 293-294), quien diseñó la Constitución pinochetista conservadora de 1980, Grondona afirmaba que

[e]l Estado, en verdad, puede violar los derechos humanos de dos modos: por abuso o por ausencia de poder. En el primer caso, es el responsable directo del entuerto. En el segundo es el responsable indirecto porque admite con su pasividad que el subversivo se enseñoree del campo y administre el miedo. (...) Las democracias occidentales deben saber que no podrán extirpar el terrorismo sin negarse a sí mismas; que, por lo tanto, tienen que prepararse para tolerarlo y vivir con él. Esta es la conclusión práctica a la cual conducen los errores doctrinarios. (...) Por evitarlos, por obrar de otra manera, por creer que el derecho a la seguridad es un derecho humano que el Estado debe proteger, los argentinos recibimos hoy la visita de la CIDH. Esto es lo malo. Que están aquí precisamente porque somos derechos y humanos (*El Cronista Comercial*, 12 de septiembre de 1979).

Así como Pinochet criticaba a los Estados Unidos por no aplicar con suficiente determinación y fuerza represora una política como la suya contra los izquierdistas, Grondona también lamentaba que la Argentina, así como los otros países del Cono Sur, debieran

[p]agar los platos rotos de una política [de derechos humanos] que no se aplica en ninguna otra parte sino también que esa política expresa la desubicación filosófica y estratégica de sus formuladores. (...) Desubicación estratégica porque incurre en el error político fundamental de ignorar el verdadero enemigo y hostilizar al verdadero amigo (GRONDONA, *El Cronista Comercial*, 12 de diciembre de 1979).

Grondona concluía esa columna con una velada amenaza dirigida a los Estados Unidos: “Ningún imperio sobrevivió a esta fatal variedad del daltonismo” (ibid.) En forma consecuente, en octubre de 1980, criticaba duramente que el Premio Nobel de la Paz le fue otorgado a Adolfo Pérez Esquivel, así como que Amnistía Internacional lo había recibido tres años antes.

En otra columna editorial a fines de 1980, afirmaba que la guerra contra los izquierdistas había sido un paso correcto para terminar con “un verdadero ‘ejército’ delictivo irregular, compuesto por miles de combatientes organizados y entrenados”. Agregaba que “nos sentimos orgullosos” de la victoria.

Esto no quita que, terminada la guerra, exista el deber moral de empujar al país con vigor hacia la institucionalización democrática, ni que dejen de ser atendibles los reclamos por abusos e injusticias que puedan haberse cometido ni que deba

omitirse la información debida acerca de los sucesos (GRONDONA, *El Cronista Comercial*, 27 de noviembre de 1979).

Al concluir el mandato del Teniente General Jorge Rafael Videla y al ser reemplazado éste por Roberto Eduardo Viola al frente de la junta militar a fines de marzo de 1981, Grondona hacía un balance de la gestión de Videla. En su columna editorial del 1° de abril usaba símiles médicos para analizar la ‘salud’ del país, y afirmaba que desde 1976

[e]l país obtuvo algunos objetivos como, por ejemplo, el reencuentro de la seguridad pública y la instalación de un sistema de gobierno estable que lo ponen en el camino de intentar la consolidación de una convivencia institucional, civilizada. (...) Para usar una imagen, el país de 1976 era similar a un enfermo del corazón en gravísimo estado, con sus coronarias tapadas. Lo que se hizo con él entre 1976 y 1981 fue una delicada y, en lo fundamental, exitosa operación de *bypass*, que lo curó de un mal de otra manera mortal, pero el cirujano o su equipo, al cerrar la herida, se olvidaron dentro del paciente un bisturí. Hoy el bisturí duele y el paciente, en medio de los gritos, llega a decir que está peor que antes de la operación. No hay tal. La remoción del bisturí no es un problema mayor. Gritar por él es lógico. Decir por él que se está igual que antes de la operación es perder el sentido de las proporciones (GRONDONA, *El Cronista comercial*, 1° de abril de 1981).

Con certeza, Grondona no fue sino el más sofisticado de los formadores de opinión que apoyaron la gestión militar. Al escribir casi dos décadas más tarde sobre el apoyo civil y de los medios al terrorismo de estado, Eduardo Luis Duhalde – entonces profesor titular de Derecho a la Información en la Universidad de Buenos Aires – destacaba el rol de los formadores de opinión, a quienes llamaba ‘mercaderes de ideas’ en la construcción de la realidad social dictatorial. Según Duhalde, con excepciones como las de Roberto Cox en el *Buenos Aires Herald* o Rodolfo Walsh en ANCLA, la mayoría de los formadores de opinión

[n]o sólo habían omitido informar – lo cual sería en cierto modo explicable por la combinación de censura y temor – sino que no ahorraron elogios al régimen dictatorial y sus personeros. Los grandes diarios, desde *La Nación* y *Clarín* hasta *La Opinión* de Timerman, rivalizaban en el elogio ditirámico a Videla y Cía. No hablemos de la prensa-basura, como *Gente*, *Para tí*, o *Extra* de Bernardo Neustadt, quien ejercía a pleno su estilo baboso frente al poder de turno (DUHALDE, 1998, p. 388-390).

Cuando el General Leopoldo Galtieri reemplazó a Roberto Viola en diciembre de 1981 y adoptó un sesgo pro-norteamericano y neoliberal, Grondona sumó su apoyo y sugirió a Galtieri que volviera al “dinamismo de 1976” destacando que “Videla-Martínez de Hoz quisieron sin duda, producir un gran cambio. Los argentinos, por otra parte, esperan y quieren

un gran cambio” (SIVAK, 2005, p. 207). En vísperas de la guerra en el Atlántico Sur y durante la invasión de las Islas Malvinas en abril de 1982, Grondona fue un apasionado promotor de optimismo y efervescencia nacionalista. En su nueva revista *A Fondo*, Grondona apoyó enfáticamente la aventura castrense de ocupar las islas, que había generado manifestaciones masivas y un alza en el espíritu nacional, similar a aquél frenesí colectivo del Mundial del '78.

La derrota argentina sacudió su confianza de años en las fuerzas armadas como motriz de fortaleza institucional y regeneración nacional. Grondona sugirió entonces reducir el poder de las fuerzas armadas y alabó la ética democrática del presidente electo Raúl Alfonsín. En febrero de 1984, a pocos meses de la asunción presidencial y mientras la CONADEP ya funcionaba y se perfilaba la decisión del presidente de exigir responsabilidad a los altos mandos de la dictadura militar por sus prácticas represivas, Grondona se posicionaba a medio camino: invitaba retóricamente a reflexionar sobre el balance de la dictadura, al tiempo que abría interrogantes cruciales sobre el rol de los sectores civiles que apoyaron sus políticas y que en la actualidad las condenaban:

Los que esperábamos mucho de él [de Videla] en 1976 advertimos ahora sus enormes limitaciones en relación a [sic] los enormes objetivos constitucionales que deben guiarnos. Somos principiantes porque empezamos el duro aprendizaje de los principios (...) ¿Nos defraudó? ¿O somos nosotros quienes lo abandonamos ahora? ¿Fue nuestra buena fe el instrumento de su poder y de su error? ¿O fue nuestra buena fe lo que lo llevó a realizar el trabajo sucio a favor nuestro, recibiendo como paga la ingratitud actual? (SIVAK. 2005, p. 215).

Reconsiderar gobiernos de fuerza y bregar por un liberalismo ético y solidario

El juicio a las comandantes en jefe de las juntas militares impulsó aún más el balance de cuentas personales. Aunque la fase abierta del juicio no fue transmitida en vivo a la opinión pública del país, entre mayo de 1985 y enero de 1986, durante 36 semanas, apareció en Argentina *El diario del juicio*, una publicación que agotaba sus 250.000 copias semanales. El *Diario* detallaba los procedimientos, presentaba los testimonios de los testigos de manera textual y publicaba entrevistas con protagonistas clave de aquel drama insólito, novedoso a nivel mundial, cuyo único antecedente parecido – no idéntico – eran los juicios de Nuremberg a fines de la Segunda Guerra Mundial.

Tal como otros intelectuales que debieron hacer un balance de su rol bajo la dictadura, Grondona procedió entonces a reflexionar y desligarse del triste legado de violaciones a los

derechos humanos perpetrado masivamente por el gobierno de las fuerzas armadas. Martin Sivak menciona que durante la presentación de su libro *Los pensadores de la libertad* (1986), Grondona reconoció que “[l]os liberales hemos cometido un grave error. Nos agitamos cuando flotó un cierto tipo de cambio y no nos preocupamos cuando flotaron cadáveres en el Riachuelo.” Más adelante profundizaría: “El último gobierno militar reprimió y fue corrupto como ninguno había sido antes, perdió una guerra y además nos dejó la deuda externa. Las hizo todas. Uno puede discutir un Lanusse, un Onganía, un Aramburu. Pero esto fue el horror” (SIVAK, 2005, p. 218).

En las conclusiones de cierre del programa de *Hora clave* del 7 de junio de 1990, Grondona expresó su visión del rol del periodista frente al del gobernante, tal vez en una solapada referencia al encubrimiento de la metodología represiva de terrorismo de Estado y detención-desaparición de personas del Proceso:

Quizás sea prudente para él [el gobernante] omitir una información, quizás sea prudente no hablar o sea prudente reforzar un argumento. Nosotros [los periodistas], al tope de nuestra escala de valores tenemos la verdad, entonces no podemos ser prudentes. Tenemos que decir la verdad para que [los lectores oyentes] la procesen. Un gobernante puede incluso callar algo por razón de estado. Nosotros los periodistas no tenemos razón de estado (...) Tenemos que dar la verdad. Cumplamos [entonces] en forma insobornable el servicio a la verdad, [aunque la verdad sea] inoportuna e imprudente (GRONDONA, 1990).

Los eventos que siguieron a la labor de la Comisión Nacional de Desaparición de Personas y los juicios a los miembros de las Juntas militares pusieron un punto final a las expectativas iniciales de refundación de la democracia en base a los ideales de verdad, justicia y rendición de cuentas. Las rebeliones de sectores de las Fuerzas Armadas, las leyes de Punto Final (diciembre de 1986) y Obediencia Debida (junio de 1987), el ataque a La Tablada (diciembre de 1988), la hiperinflación y el deterioro económico, y finalmente las amnistías y perdones del nuevo presidente Carlos Menem (octubre de 1989), desplazaron el tema de las violaciones a los derechos humanos a un segundo plano, del que repuntaría de tiempo en tiempo, como sucedió a mediados de la década de 1990.

La consecuencia más severa de dichas acciones, y especialmente de los perdones presidenciales, fue el deterioro de las premisas simbólico-culturales de la democracia que se habían convertido en uno de los puntos medulares del proceso de redemocratización. Esta tendencia incluía no sólo el retroceso de las instituciones civiles frente a las presiones

militares, sino también el vaciamiento del principio democrático de igualdad de la justicia ante la ley. En una entrevista en julio de 1995, a raíz de las confesiones del capitán Adolfo Scilingo sobre su participación en los vuelos que arrojaban detenidos sedados al fondo del mar (VERBITSKY, 1995), práctica genocida que produjo el fenómeno de los detenidos-desaparecidos, Grondona lo definió pintorescamente: “Pueden imaginar la indignación de las víctimas y de todos los afectados frente al foro militar y la impunidad. Si un ciudadano roba una gallina, va preso. Si un militar mata en serie, está en su casa o se pasea con chofer...” (GRONDONA, 1995).

Con el advenimiento de la democracia, aun siendo un referente central de la derecha política, pero observando la derrota del peronismo en las urnas y no a través de un nuevo golpe de estado, Grondona profundizó su análisis crítico de la realidad argentina en términos teóricos, distanciándose de su previa perspectiva liberal-conservadora. Fue entonces cuando ya desilusionado con sus previas premisas de operar el cambio deseado mediante golpes de timón en las instituciones – ya fueren deponiendo a Perón en 1955 o apoyando posteriores golpes de estado –, “Grondona consideró su principal proyecto intelectual a partir de los ochenta: la postulación de una teoría capaz de explicar las relaciones entre cultura y desarrollo mediante un rescate del liberalismo como base de la democracia moderna y del capitalismo” (VICENTE Y SCHUTTENBERG, 2021, p. 127).

Departiendo de la obra clásica de Max Weber sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, consideró que los vaivenes y fracasos de la democracia en la Argentina tenían su raíz en el ámbito de las ideas. Investigó así los orígenes del liberalismo como la ética política que posibilitó el despegue en el mundo desarrollado, e inquirió sobre pensadores posteriores como Rawls y su ética de la justicia o Nozick y su idea del estado mínimo. Buscó identificar las circunstancias del desarrollo al del Norte Global y repensarlas para el caso argentino, sin replicar el camino anglosajón y europeo y sin desechar la peculiaridad cultural de su país y otras sociedades subdesarrolladas. Manteniendo su preocupación con el desarrollo de décadas anteriores, en su trilogía *Los pensadores de la libertad. De John Locke a Robert Nozick* (1986) *Bajo el imperio de las ideas morales* (1987), y *Las condiciones culturales del desarrollo económico. Hacia una teoría del desarrollo* (1999), Grondona identificó el ámbito de las ideas y las mentalidades como crucial para el desarrollo. “El dato decisivo no está en las estructuras sino en las mentes” (GRONDONA, 1999, p. 94). Llegó a

sugerir que para lograr desarrollo habría que adoptar un liberalismo abierto, plural, que pudiera conservar la preocupación ética y solidaria con el bien común, típica herencia cultural latinoamericana, lejana del individualismo a ultranza de algunas vetas del liberalismo anglosajón:

el conocimiento de la tradición liberal debía articularse con una traslación inteligente al ámbito local, sobre sus particularidades culturales y, desde ese marco, buscar una versión local capaz de promover una síntesis capaz de competir con la de los países donde nació el liberalismo (VICENTE Y SCHUTTENBERG, 2021, p. 135).

A partir de la década del '90, ya con el desplome de la Unión Soviética, la crisis de la izquierda y en Argentina un gobierno justicialista que adoptó políticas neoliberales de privatización y reducción del estado de bienestar social, Grondona se volcó de ser el intelectual selecto de las clases ilustradas a asumir el rol de directriz de las clases populares, por intermedio de la televisión, en especial del programa *Hora clave*. En septiembre de 1999, el periodista Jorge Fernández Díaz, vicedirector de *Noticias* y luego secretario de redacción de *La Nación*, definiría bien la nueva etapa de Mariano Grondona como defensor de la democracia política y el liberalismo económico:

Hace diez años Mariano era el timorato coequiper de Bernardo Neustadt, un desvaído articulista del diario *La Nación* y, sobre todo, el ideólogo del liberalismo autoritario más odiado por la izquierda intelectual. Hoy es el gran maestro de ceremonias de la telepolítica, el juez mediático de la cosa pública, la voz editorial del renovado diario *La Nación*, un ensayista fundamental, un mimado del progresismo y sobre todo, el periodista más próspero, poderoso y prestigioso de la Argentina. 'Hora clave' narró como nadie en tevé la década menemista, y es hijo y deudor de ella (SIVAK 2005, p. 283).

A ello Grondona pronto sumaría una mirada crítica sobre la corrupción y la delincuencia, en su visión ambas producto de un (neo)liberalismo egoísta, despreocupado de disposición colectiva. Grondona consideraba haberse transformado en un intelectual liberal ético, acorde con un constante intento de seguir posicionándose junto a las élites, aunque elaborando su preocupación filosófico-política por el bien común. Grondona buscó explicar su apoyo a gobiernos de facto que prometieron orden y convivencia pacífica, aunque a costa de cercenar los derechos humanos, para luego lograr renacer bajo democracia y consolidar su imagen como uno de los más reconocidos moralistas públicos de la segunda mitad del siglo XX en la Argentina.

Referencias

- ALTAMIRANO, Carlos. “Elites intelectuales en el siglo XX latinoamericano”. En: **Historia de los intelectuales en América Latina. Volumen II. Los avatares de la ciudad letrada’ en el siglo XX**. Madrid: Katz Editores, 2010.
- BAYER, Osvaldo; BORON, Atilio; GAMBINA, Julio; BARILLARO, Elvira; LA GRECA, Francisca. **El Terrorismo de Estado en la Argentina: Apuntes sobre su historia y sus consecuencias, y El otro en el discurso político argentino. Selección documental**. Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria, 2010.
- BERLOCHI, Ezequiel Román. **Del amor al odio. La revista Primera Plana y el Onganiato (1966-1970)**. Universidad Nacional de Rosario (Tesis de licenciatura en Ciencia Política), Rosario, 2013.
- BLAUSTEIN, Eduardo; ZUBIETA, Martín. **Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso**. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1998.
- BERGONZI, Juan Carlos. Comunicación y golpes de estado: la autocracia al poder. **Revista de la Facultad** (Universidad Nacional de Comahue), 2006.
- COLLINI, Stefan. **Public Moralists**. Oxford: Clarendon Press. 1991.
- CONSTENLA, Julia. **Sabato. El hombre**. Madrid: Seix Barral, 1997.
- DUHALDE, Eduardo Luis. Una reflexión sobre el bloque civil del terrorismo de Estado. En: BLAUSTEIN, Eduardo; ZUBIETA, Martín. **Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso**. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1998.
- ETZIONI, Amitai. My Kingdom for a Wave. **The American Scholar**, Winter, 2014.
- FANGMANN, Cristina. Primera Plana: la renovación de la crítica periodística en los años 60. **Actas de las I Jornadas de la Crítica en la Argentina**. Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. 2009.
- FEITLOWITZ, Marguerite. **A Lexicon of Terror**. Oxford: Oxford University Press, 1998.
- FEIERSTEIN, Daniel. **Seis estudios sobre genocidio**. Buenos Aires: Eudeba, 2000.
- FERRER, Christian. Progreso, ilusión, ruina. Signos y antecedentes argentinos de la globalización tecnológica. **Inti. Revista de Literatura Hispánica**, 52, 2000.
- GRAMSCI, Antonio. **La formación de los intelectuales**. México: Grijalbo, 1967 (c1921).

GRONDONA, Mariano. Derechos y humanos. **Cronista Comercial**, 12 de septiembre de 1979.

GRONDONA, Mariano. Reconciling Internal Security and Human Rights. **International Security**, 1978.

GRONDONA, Mariano. **Los pensadores de la libertad**. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1986.

GRONDONA, Mariano. Programa parcial de Hora Clave del 7 de junio de 1990. Disponible en <https://www.archivorta.com.ar/asset/hora-clave-07-06-1990-incompleto/>.

GRONDONA, Mariano. Entrevista no publicada con el autor y el cientista político Mario Sznajder en Buenos Aires, 4 de julio de 1995.

KAHAN, Emmanuel N. **Entre la aceptación y el distanciamiento: Actitudes sociales, posicionamientos y memoria de la experiencia judía durante la última dictadura militar (1976-1983)** [en línea]. Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación), La Plata, 2011. Acceso en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.444/te.444.pdf>

MAZZEI, Daniel. **Los medios de comunicación y el golpismo. La caída de Illia, 1966**. Buenos Aires. Grupo Editor Universitario, 1997.

MICIELI, Cristina; PELAZAS, Myriam. Tanatopolítica, ser nacional y guerra preventiva en la Argentina (1976-1983), a través de las revistas *Evita Montonera*, *Estrella Federal*, *Extra*, *Carta Política* y otros documentos. **De Prácticas y Discursos. Cuadernos de Ciencias Sociales**, vol. 3 n. 3, 2014.

MICIELI, Cristina; MIRA, María Eva; PICOTTI; PELAZAS, Gustavo y Myriam. Revistas en medio del terror, comunidad y vidas desnudas. **XI Jornadas de Sociología**. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2015.

MUTTARELLI, Guido. ¿Quiénes SI/NO quieren el Golpe? – Influencia política de la revista Primera Plana en el Golpe de Estado de 1966. Buenos Aires: **V Jornadas Los Terciarios hacen Historia**, 1-3 de septiembre de 2015.

PIÑEIRO, Elena. **Medios de comunicación, ideología y representación: el caso Primera Plana (1962-1966)**. [en línea] Documento inédito. Universidad Católica Argentina. Disponible em: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/medios-comunicacion-caso-primera-plana.pdf>

POPPER, Karl. **La sociedad abierta y sus enemigos**. Buenos Aires: Paidós, 2017 (c1965).

RONIGER, Luis; SZNAJDER, Mario. **The Legacy of Human Rights Violations in the Southern Cone: Argentina, Chile y Uruguay**. Oxford: Oxford University Press, 1999.

RONIGER, Luis; SZNAJDER, Mario. **O legado das violações dos direitos humanos no Cone Sul** [con referencias al caso brasileiro]. São Paulo: Editora Perspectiva, 2004.

SIVAK, Martín. **El doctor: biografía no autorizada de Mariano Grondona**. Buenos Aires: Aguilar, 2005.

SUÁREZ-OROZCO, Marcelo. A Grammar of Terror: Psychocultural Responses to State Terrorism in Dirty War and Post-Dirty War Argentina, In Carolyn Nordstrom and Jo Ann Martin, eds. **The Paths to Domination, Resistance and Terror**. University of California Press, 1992.

TARONCHER, Miguel Ángel. **La caída de Illia. La trama oculta del poder mediático**. Buenos Aires: Ediciones B., 2012.

VERBITSKY, Horacio. **El vuelo**. Buenos Aires: Planeta, 1995.

VICENTE, Martín. **De la refundación al ocaso: Los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura**. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 2015.

VICENTE, Martín; SCHUTTENBERG, Mauricio. De la ética capitalista al posliberalismo; Mariano Grondona y una lectura culturalista-política del desarrollo liberal en democracia (1983-1999). **POSTData**, 2021.

Recebido em: 02 de fevereiro de 2023

Aprovado para publicação em: 25 de maio de 2023